

*Carta Pastoral Sobre la Economía,
de Adam Cardenal Maida*

“Cristo, Nuestra Esperanza”

“La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la impidieron.” (Juan 1:5)

Mis hermanos y hermanas en el Señor:

Al acercarnos al cierre del año litúrgico y cuando la Iglesia inicia un nuevo año con el Adviento, enfrentamos increíbles desafíos y gran incertidumbre con relación al bienestar económico de nuestras familias, nuestra Iglesia y nuestra área metropolitana. Como pueblo de fe y con esperanza cristiana, confiamos que Dios está con nosotros *precisamente* en tiempos de pérdida, dolor y tinieblas. Creemos que Él trabajará con nosotros para acercarnos a Él y los unos a los otros durante estos tiempos difíciles.

El Adviento es un tiempo de espera expectativa. En este tiempo de penumbras, proclamamos que Cristo es nuestra luz y Cristo es nuestra esperanza. Mientras el gobierno y las comunidades financieras buscan soluciones razonables y justas a los actuales desafíos económicos, la Iglesia trata de ayudarnos a poner estas cosas en una perspectiva espiritual.

Durante estas semanas del Adviento, la Navidad y la Epifanía, las Escrituras siempre proclaman la Palabra de Dios de consuelo y esperanza, incluso en medio de la incertidumbre, la pérdida y el sufrimiento. En la Víspera de la Navidad, escucharemos las palabras de aliento de Isaías, palabras que resuenan de verdad para los creyentes de toda época: *“El pueblo que caminaba en la noche divisó una gran luz; habitaban el oscuro país de la muerte, pero fueron iluminados... Porque un niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado....”*

También oiremos el mensaje que los ángeles llevaron a los pastores aquella primera Navidad, un mensaje que necesitamos oír aún más en estos tiempos: *“No tengan miedo, pues yo vengo a proclamarles una buena nueva, que será motivo de gran júbilo... ha nacido para ustedes un Salvador, que es Cristo y Señor....”*

Como su Arzobispo, les escribo para ofrecerles el entendimiento pastoral y unas sugerencias sobre cómo prepararnos para celebrar la Navidad este año, cuando la condición económica es tan desalentadora.

En nuestra comunidad, muchas personas han perdido sus empleos y sus hogares, y un gran número vive con el temor de perder su hogar. Algunos enfrentan la posibilidad de cortes severos en sus salarios, mientras que otros han experimentado la pérdida de sus pensiones e inversiones personales.

La industria automovilística, nuestra principal fuente de empleos, atraviesa graves desafíos y transiciones. Aunque muchos de nosotros hemos vivido otras épocas de reducción del personal y declive económico, en esta ocasión la posibilidad de la recuperación requiere cambios radicales. Probablemente, las cosas en Michigan no volverán a ser iguales.

Como nuestros hermanos y hermanas alrededor del mundo y durante el curso de los siglos, los residentes de esta región siempre han sido personas de extraordinaria tenacidad, perseverancia y determinación, listos para hacer lo que sea necesario con el fin de sobrevivir y hasta prosperar. Como creyentes, tenemos aun mayor razón para ver los desafíos de estos tiempos como oportunidades para ser ingeniosos. Vivir con más sencillez puede purificar nuestro espíritu, y puede acercarnos más a Dios y los unos a los otros. Donde quiera que hay muerte, también hay razón para la esperanza y la resurrección, para el renacer y la vida nueva. Hace 200 años, tras un incendio que devastó a Detroit, que en aquel tiempo era un asentamiento fronterizo, el Padre Gabriel Richard escribió: “Esperamos cosas mejores; resurgirá de las cenizas”. Esas palabras nos inspiran hasta hoy día como el lema de la ciudad de Detroit.

Primera Parte: Nuestra visión general — el bien común

“Que entre ustedes el amor fraterno sea verdadero cariño, y adelántense al otro en respeto mutuo... Tengan esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar.” (Romanos 12:10-12)

En última instancia, la economía no se trata sólo de dinero; se trata de la gente — de nosotros — prójimos y seres humanos hechos a imagen y semejanza de Dios. Nuestro bienestar espiritual y nuestra dignidad humana no dependen de las fluctuaciones del mercado de valores. No importa lo que le suceda a la industria o a las grandes empresas, le pertenecemos a Dios y tenemos derechos al igual que responsabilidades los unos a los otros. Cuando nos sentimos ansiosos sobre lo que no podemos controlar, es cuando más necesitamos meditar sobre la inversión de Dios en nosotros, y Su deseo de que vivamos como Su familia, apoyándonos los unos a los otros.

Dios nos hizo criaturas sociales. Crecemos y prosperamos en las relaciones y al encontrarnos en familias y en comunidades de fe y de servicio. Ninguno de nosotros puede vivir por mucho tiempo por nosotros mismos. Ansiamos el apoyo amoroso, y el desafío, de estar con los demás y para los demás. Cada uno de nosotros tiene algo que dar, y cada uno de nosotros tiene alguna necesidad de recibir. Estamos en la mejor condición cuando somos parte de un flujo saludable de dar y recibir en las relaciones respetuosas.

Cada aspecto de nuestra cultura occidental nos ha entrenado a pensar y actuar de modo competitivo. Con frecuencia hablamos de “ganadores y perdedores”. Por error estas dinámicas pueden de repente ser transferidas a mayores inquietudes económicas. Como las Escrituras del Adviento, nos recuerdan que, en vez de ceder a la división, cada día debemos renovar nuestro compromiso para el bien común recordando que somos en verdad hermanos y hermanas, hijos e hijas de un mismo Dios y Padre. Como nos lo demuestra el nacimiento del Hijo de Dios entre nosotros, estamos llamados a vivir unidos en solidaridad.

Cuando el Papa Juan Pablo II visitó la Arquidiócesis en 1987, habló con elocuencia y poesía sobre la virtud de la solidaridad, de la cual el pueblo polaco dio testimonio especial durante las horas más tenebrosas del comunismo. Explicó que la palabra “solidaridad” surgió de las orillas de los

astilleros, a lo largo del Mar Báltico, y se convirtió en parte de nuestro vocabulario universal, como una palabra y una virtud que *“como una amplia ola, cubre el rostro del mundo entero, que se da cuenta de que no podemos vivir según el principio de ‘todos contra todos’, pero solamente de acuerdo con otro principio, ‘todos con todos’, ‘todos para todos.’ La solidaridad debe tener prioridad sobre el conflicto”*.

Para reflexionar en la oración:

- *Cuando tomo decisiones sobre los asuntos económicos que me afectan y afectan a mi familia y mis compañeros de trabajo, ¿en qué formas tomo en consideración el mayor bien común?*
- *¿Me acerco a las personas y a las situaciones de manera competitiva o colaborativa?*
- *¿Hasta qué grado estoy dispuesto a sacrificar mi propia conveniencia o mis propios deseos de regalos navideños, con el fin de que pueda ofrecer mi tiempo o mi talento a los demás?*

Parte Dos: La caridad, nuestra esperanza y alegría

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Mateo 23:29)

Basado en las escrituras de San Pablo y San Juan, el Papa Benedicto XVI nos recuerda en su primera encíclica, “Dios es Amor”, que cada uno de nosotros ha sido “amado hasta ser creado” por el sorprendente, inmerecido y desinteresado amor de Dios. Fuimos creados para el amor. Naturalmente y espontáneamente desde nuestra niñez, buscamos una conexión de amor con los demás.

Durante la Navidad, contemplamos el misterio, el amor de Dios al enviar a Su hijo para que fuera uno de nosotros, con nosotros y para nosotros — un Dios de solidaridad. Una vez nos damos cuenta de cuán profundamente se nos ha amado, por caridad no podemos evitar el querer devolver el amor a los demás. Nuestra propia costumbre de dar regalos en la Navidad es un reflejo de la divina entrega del regalo de Dios que celebramos en Navidad.

Ser caritativos significa más que ser generosos ocasionalmente, o sentir una conmovedora empatía por otra persona que se encuentre en una necesidad urgente. La caridad se trata, en última instancia, de nuestra necesidad de dar. La caridad es, sin duda, una vocación, un llamado de toda una vida que proviene de nuestro bautismo como hijos e hijas de Dios. Es una manera de dar en la que el prójimo siempre es afirmado y fortalecido, ennoblecido y dignificado. En la caridad cristiana, nos esforzamos para ver el rostro de Cristo en el prójimo, y queremos que la persona que recibe nuestra caridad vea el rostro de Cristo en nosotros. Como lo expresó san Agustín, debemos hablar de *“Cristo amándose a Sí mismo”* a través de nosotros.

El Papa Benedicto enfatiza que, aunque el gobierno tiene el papel legítimo de asegurar los derechos de todos, especialmente de los más vulnerables, es imposible que el Estado pueda proveer para todos. Como él dice, hay muchas otras “fuerzas vivas” que deben responder a las necesidades del pueblo, necesidades que a menudo van más allá de nuestro deseo de “pan solamente”. La Iglesia, como

institución organizada, tiene un papel y una responsabilidad de ser un medio para la ayuda caritativa y el servicio.

Aquí en la Arquidiócesis, en nuestras parroquias y a través de muchas agencias de servicios sociales, tenemos un largo y distinguido historial de servicio para personas de todos orígenes. Muchas de nuestras parroquias ofrecen ferias de empleo, grupos de discusión y consejería para quienes buscan nuevas oportunidades de trabajo. Estamos orgullosos de tener una Sociedad de San Vicente de Paúl activa, de nuestras agencias de Servicios Sociales Católicos, y de otros programas de base religiosa que ofrecen recursos para el cuerpo y el espíritu.

La Iglesia Católica trabaja con muchas organizaciones cívicas y ecuménicas para responder a las necesidades inmediatas y de largo plazo de personas de todas las edades y circunstancias. También elogiamos las muchas organizaciones sin fines de lucro que proporcionan el “pan de cada día” a individuos y a familias día con día. Podemos estar orgullosos de los 40 años de historia de Focus: HOPE, la respuesta creativa de tres líderes católicos a los desafíos de una época en la que nuestra nación atravesaba un desorden político y una transición sociológica. En la actualidad necesitamos la misma clase de estrategia innovadora y creativa.

Hay algo que cada uno podemos, y debemos, hacer cada día por los demás. Mientras no contemos con los medios económicos para ayudar a otros, cada uno de nosotros tiene la capacidad de orar y de buscar la manera para servir. La caridad es una manera de vida, una virtud que debe ser nutrida a diario a través de la oración y la acción, para amar a Dios por Su amor y para amar al prójimo a causa de Dios.

La esperanza surge cuando cooperamos con la gracia de Dios que nos llama a la conversión y a rechazar la ansiedad sobre uno mismo. Dios nos pide que nos purifiquemos y simplifiquemos para que nuestra consciencia sobre Su presencia y amor sea lo más vital y dinámica.

La oración, a solas o con otros, es una de las “medicinas” o terapias más poderosas. Al orar, descubrimos un sentido de paz y una nueva perspectiva. Comenzamos a vernos, y a nuestras circunstancias, como los ve Dios. Como dice el Papa Benedicto, “*viendo con los ojos de Cristo*” podemos dar a los demás “*la mirada de amor que anhelan.*”

Consideremos el amor de Dios por nosotros y nuestra habilidad de amarnos unos a otros. En el contexto de la temporada navideña, les pido que mediten en el Niño Dios en el pesebre, y den gracias a Dios por todas las maneras en que han sido tocados y amados por la caridad y la bondad de otras personas en el pasado. Consideren también las maneras en que Dios les ha utilizado de manera singular para que sean signo y fuente de esperanza y sanación para otros, y cómo — incluso ahora — pueden ser más generosos al dar su tiempo, su talento o su tesoro.

Para reflexionar en la oración:

- *¿Cómo puedo demostrar la caridad a quienes se encuentran justo a mi alrededor?*
- *¿Cuán distintas podrán ser mis opciones para celebrar la Navidad este año?*
- *¿Necesito considerar un estilo de vida más sencillo?*

Parte Tres: La Corresponsabilidad Eucarística

“Dios dispone todas las cosas para bien de los que lo aman.” (Romanos 8:28)

Somos corresponsales de dones y bendiciones que no nos pertenecen. En nuestras vidas, todo es un regalo de Dios. En su carta pastoral de 2002 sobre la administración de los dones, los obispos de los EEUU nos recuerdan que “...como servidores cristianos, recibimos agradecidos los dones de Dios, los cultivamos responsablemente, los compartimos amorosamente en justicia con otros y los devolvemos con intereses al Señor”.

La Arquidiócesis, junto con nuestras parroquias y escuelas, agencias e instituciones, procura ser una administradora responsable, y ejerce suma cautela y prudencia a la hora de tomar decisiones sobre la utilización de los recursos que se nos ha confiado. Como líderes de la Iglesia, estamos llamados a ser mucho más que prácticos o económicos. Sabemos que una buena administración también es un acto de fe, un acto de testimonio y agradecimiento al Creador, un acto de solidaridad hacia nuestros hermanos y hermanas.

Como cristianos católicos, celebramos nuestra corresponsabilidad al reunirnos para la Sagrada Eucaristía. Devolvemos a nuestro Padre celestial todo lo que Él nos dio primero. Cuando ofrecemos el pan y el vino, ofrecemos nuestro trabajo diario, nuestras alegrías y nuestros dolores. A cambio, el Señor acepta lo que le ofrecemos y nos transforma, consagrándolo a Su Cuerpo y Sangre. Luego los devuelve como alimento para nuestro cuerpo y espíritu, confiando de que, a cambio, nosotros guardaremos el ciclo al compartir nuestros recursos con nuestras hermanas y hermanos.

Nuestra comunión con el Señor necesita la comunión de los unos con los otros. La comunión sólo puede ocurrir cuando primero exista algún sacrificio, una decisión que nos permita a nosotros mismos hacernos humildes. En la Sagrada Eucaristía, entramos en el sacrificio de Cristo y reconocemos que todo lo que somos y todo lo que tenemos es un compartir en Su amor redentor y transformador.

Para poder celebrar y apreciar completamente el gran potencial de la Sagrada Eucaristía, necesitamos pensar en este sacramento como un verdadero compartir de regalos, preguntándonos qué es lo que le traemos al Señor y qué necesitamos recibir de Él. Nuestro sagrado intercambio de regalos no es sólo de cosas materiales sino, primero y principalmente acerca de compasión y misericordia, un compartir de las cosas del Espíritu. Si en realidad entendemos lo que hacemos en la Sagrada Eucaristía, nos esforzaremos por poner en práctica este misterio en la manera como vivimos en nuestras familias, y en la manera como nos comportamos en el mercado.

Para reflexionar en la oración:

- *¿Qué regalo deseo ofrecerle al Señor en esta Navidad?*
- *¿Qué regalo recibo de Él?*

- *¿Qué regalo recibo de los demás?*
- *¿Cómo puedo poner la Eucaristía en acción al ser más generoso con otros necesitados, o al estar dispuesto a admitir con humildad mi propia vulnerabilidad y dependencia en mi necesidad de recibir?*
- *¿Creo en el poder de la oración y que la oración es, de muchas maneras, nuestro mejor recurso?*

Conclusión: Un pueblo de esperanza

“Bendito sea Dios, Padre de Cristo Jesús, nuestro Señor, Quien en su gran misericordia.... Al resucitar a Cristo Jesús de entre los muertos, nos dio una vida nueva y una esperanza viva.” (1 Pedro 1:3)

Algunas veces en la vida cuando sentimos que tenemos poco poder sobre las circunstancias que nos rodean. ¿Quién de nosotros — por cuenta propia — podría cambiar el flujo de nuestra economía o lo que nos rodea? Sin embargo, cada uno de nosotros tiene el poder para oír la Palabra de Dios y utilizar nuestro tiempo y talento para expresar concreta y creativamente nuestra solidaridad hacia nuestros hermanos y hermanas, muchos de los cuales sufren profundamente en cuerpo y en espíritu. Esta época santa del Adviento y la Navidad nos ofrece innumerables oportunidades para la caridad, algo tan sencillo como una sonrisa, un “gracias” al empleado que nos empaca la compra en el supermercado, el tomar un nombre del “árbol generoso” para ayudar a una familia necesitada, al visitar o ayudar a los que se encuentren enfermos en sus hogares.

Todos necesitamos recibir y todos necesitamos dar. A la mayoría de nosotros se nos hace mucho más fácil dar; es difícil admitir que necesitamos la ayuda de los demás. Todo en nuestra cultura, nos motiva a ser autosuficientes e independientes. Como hemos visto, nuestras vidas están entrelazadas. En las circunstancias insólitas de hoy en día, muchos necesitarán admitir su necesidad de ayuda de parte de familiares, amistades, o de la Iglesia. Por favor recuerden no hay vergüenza en tal vulnerabilidad. A la vez, cada uno de nosotros tiene algo que dar, algo que ofrecer.

Durante la Depresión, mi propia familia padeció grandes sufrimientos. Creo firmemente que los desafíos nos fortalecieron. Lo que más me afectó, a la edad de seis años, fue la pérdida de nuestra casa durante una terrible inundación. Nunca olvidaré cómo las aguas embravecidas destruían nuestra comunidad. Y aún recuerdo cómo mi padre nos aseguraba que todo estaría bien, que todos estábamos unidos y seguros en las manos de Dios.

Cada persona, sin distinción, tiene el poder de hacer una diferencia, el poder de edificar, de afirmar y de fortalecer. No podemos hacerlo por cuenta propia. Pero unidos podemos proclamar, incluso en este tiempo de tinieblas, que Cristo es nuestra luz y Cristo es nuestra esperanza. Juntos esperamos la venida del Señor. Confiamos que Su venida será tan cierta como el amanecer, y que la luz de Su amor nos convertirá en un pueblo de esperanza.

Que el Señor bendiga nuestra nación, nuestro mundo y especialmente nuestra región, ahora que se inicia un nuevo capítulo de nuestra historia. Que la luz de Cristo brille sobre nosotros y a través de nosotros, de manera que seamos ministros del mensaje de esperanza de Cristo para los demás y para todos los que se encuentren en necesidad.

Por favor, estén seguros de mi recuerdo especial para ustedes y para sus familias en mis oraciones durante estos días santos de Adviento y Navidad.

Sinceramente suyo en el Señor,

Adam Cardenal Maida
Arzobispo de Detroit

Publicada el Segundo Domingo de Adviento
7 de diciembre de 2008